

Revista Aragonesa de Teología

Año XXII - Nº 44 - 2016
Julio - Diciembre



Revista Aragonesa de Teología

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2016

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL	5
1. <i>¿Cómo leer hoy los evangelios? Algunas claves de lectura</i>	7
Estela Aldave Medrano	7
2. <i>Del Antiguo al Nuevo Testamento Lc 1 - 2</i>	
Jesús M^a Muñoz S.J. (Taiwan)	17
3. <i>La historia de José, una obra maestra de la literatura antigua que es Palabra de Dios</i>	
Santiago Osácar Jiménez	31
4. <i>El amor en Oseas</i>	
Enrique Ruiz Barranco	45
5. <i>El sepulcro vacío ¿composición de la comunidad pospascual o acontecimiento real de la historia?</i>	
Rubén Ruiz Silleras	53
6. <i>El sufrimiento ministerial del Apóstol, fuente de fecundidad apostólica</i>	
José Ignacio Blanco Berga	67
7. <i>El silencio en la vida de Jesús y el grito perturbador</i>	
José M^a Samper Calvete	79

EDITORIAL

Presentamos un nuevo número de la Revista Aragonesa de Teología, el 44. Hemos querido que fuera un monográfico sobre la Biblia con biblistas próximos a nosotros que nos acerquen, con la pasión que el mundo bíblico les provoca, algunos temas que puedan dar pie para iniciar procesos de reflexión personal y de grupo. Afortunadamente, son muchas las personas que participan de forma grupal, en sus parroquias y comunidades, también de forma autónoma incluso en ámbitos no eclesiales, en el acercamiento al mundo bíblico, tan complejo, tan apasionante, tan humano, tan religiosamente profundo. Les ofrecemos, pues, esta aportación para su proceso.

Todavía suenan las felicitaciones por la canonización de la madre Teresa de Calcuta, tan entrañable en su testimonio de unir el cielo y la tierra, a Dios con los seres humanos, la trascendencia con lo más terrenal de nuestra existencia corporal necesitada de pan y de cuidados médicos, de cariño y de esperanza.

Siguen lloviendo imágenes de la tragedia migratoria que sepulta a tantos en los abismos del Mediterráneo sin llegar a cumplir su sueño y haciendo del viejo mar un espejo de nuestras contradicciones al reunir, en sus aguas, grandes masas de turistas, ansiosos de evasión y pasatiempo, junto a otras masas de prófugos, ansiosos por conseguir la nueva tierra prometida que compense el esfuerzo de un camino repleto de obstáculos insolidarios.

Como obstáculos interminables encuentran, en su otro proceso migratorio, los bienes (in)muebles de la iglesia aragonesa que, a un tiempo son víctimas protagonistas de un drama de prepotencia histórica, cultural y económica, y, a la vez, motivo de ridículo eclesial, cuya huella quedará, por generaciones, en el bagaje antirreligioso de mucha gente para la que es incomprensible la situación.

Una situación jurídica compleja cuya maraña se aclara poco a poco a la vez que despierta preguntas que afectan a nuestra comunidad y sus relaciones internas y externas.

Preguntas que hacen pensar, procesos de pensamiento que buscan respuestas, el creyente no puede permanecer en la credulidad de orientaciones, pautas y prácticas de otros tiempos y momentos culturales. Urge la formación religiosa de los cristianos y el descubrimiento de la complejidad de la fe en su relación con la historia y la cultura. No son tiempos, los nuestros, de fórmulas catequéticas y respuestas simples. Son tiempos de formación fuerte bien enraizada en la Biblia y en la historia de nuestra comunidad. Son tiempos de teología, es decir, de pensar la fe en relación con las grandes cuestiones de nuestro tiempo.

Por eso el CRETA, Centro de Estudios Teológicos de Aragón, del que depende nuestra revista, apuesta por un cambio importante en su estructura académica y pasa a ser Centro Agregado de la Universidad Pontificia de Salamanca en Zaragoza, para que sus aulas puedan estar abiertas a todos los interesados en cursar los estudios de teología como reflejo de su sensibilidad por una teología abierta al diálogo con las distintas ramas del saber humano y de sus preocupaciones.

Nos felicitamos por este hecho convencidos que va a significar un gran estímulo para la expansión del pensamiento teológico en nuestra comunidad y para la presencia de esa reflexión en el debate social. Que todos aportemos nuestra ilusión y nuestra responsabilidad a esta etapa nueva.

¿Cómo leer hoy los evangelios? Algunas claves de lectura

Rev. Aragón. Teol. 44 (2016)

Estela Aldave Medrano

Los evangelios han tenido desde antiguo un papel decisivo en la vida de la comunidad eclesial, muy posiblemente antes incluso de que se constituyera lo que hoy denominamos el canon del Nuevo Testamento. Justino (s. II d.C.) menciona en uno de sus escritos que, junto a los profetas, cada domingo se leen las memorias de los apóstoles, esto es, los evangelios (1Apol. 67,3), otorgándoles con estas palabras un valor y estatus semejante a las Escrituras de Israel. Estas obras que narran de un modo muy característico algunos episodios de la vida de Jesús siguen siendo hoy fuente de inspiración para muchos, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Y por ello siguen lanzando preguntas: cómo acercarnos a ellos, con qué claves y con qué recursos. Nuestros propios interrogantes y anhelos, y la necesidad de dar una respuesta razonada, razonable y significativa de nuestra fe y de nuestro modo de comprenderla, hacen que esta tarea sea ineludible. La lectura de la Biblia en general y de los evangelios en particular dentro de las comunidades cristianas de hoy ha de aunar el rigor y la dimensión teológica y creyente, ha de evitar la ingenuidad o las respuestas fáciles y contribuir al mismo tiempo a mostrar al Dios de Jesús que sigue manifestándose en nuestra historia. Las páginas que siguen son una pequeña reflexión que pretende contribuir a ello.

1. La debida atención al texto

La Constitución del Concilio Vaticano II que abordó el tema de la Escritura (*Dei Verbum*) fue el documento que más tiempo requirió para ser aprobado. La razón es que la Biblia constituye el pilar de la Iglesia: de la forma de comprenderla e interpretarla dependen, no sólo el resto de las disciplinas teológicas (el propio documento la considera el “alma de la teología,” DV 24), sino la propia vida eclesial: el modo de entender las relaciones internas y la autoridad y de estar presentes en los diferentes contextos actuales, el diálogo con el mundo y con la ciencia, y un largo etcétera. De ahí que el tema suscitara acalorados debates y discusiones; era mucho lo que estaba en juego. En todo caso, la importancia de este documento es una buena muestra de cómo la comunidad eclesial siempre ha entendido que para ser fiel a sí misma ha de mirar a sus orígenes, y en este proceso el Nuevo Testamento, y particularmente los evangelios, tienen un rol decisivo¹.

¹ Para la historia de la DV y su importancia, cf. Carlos Junco Garza, *La Biblia, libro sagrado* (Estella: Verbo Divino, 2008), 21-29.

Los evangelios son, en primer lugar, obras literarias. Todos ellos fueron escritos en griego entre, aproximadamente, el año 70 (Marcos, el más antiguo) y el año 110 (datación que suele atribuirse a la última redacción del evangelio de Juan), aunque contaron con tradiciones más antiguas, algunas de ellas muy posiblemente escritas. Como ocurre en el caso de cualquier obra de la literatura, su lectura requiere algunas herramientas, como, por ejemplo, caer en la cuenta si es un texto discursivo (dichos o enseñanzas de Jesús) o narrativo (relato de un milagro o de un encuentro), la atención al tipo de vocabulario utilizado (términos que se repiten, dónde y con qué fin), personajes que aparecen y cómo son caracterizados, quien toma la palabra y la iniciativa y quién no, los lugares en los que se desarrolla la acción, los desplazamientos que se producen... Es importante, además, comprender cada escena o unidad menor dentro del conjunto, esto es, dentro del evangelio del que forma parte, ya que cada uno de ellos posee su propia estructura y lógica interna. Otro aspecto a tener en cuenta es el conocimiento de los géneros literarios en la antigüedad; dentro de los evangelios aparecen diferentes de ellos (también llamados "formas literarias": dichos, parábolas, milagros, controversias...), pero, además, los propios evangelios constituyen en sí mismos otro género particular.

El tema del género "evangelio" ha sido objeto de discusión por los estudiosos, aunque la tendencia mayoritaria hoy es considerarlos obras semejantes a lo que en el mundo grecorromano se denominaba *bios* (en griego) o *vita* (en latín), escritos que constituían algo semejante a lo que hoy podríamos llamar biografía, en tanto que narraban el nacimiento de un personaje, episodios importantes de su vida y finalmente su muerte. Sin embargo, el género *bios* / *vita* no es totalmente equiparable a los escritos biográficos actuales porque lo que principalmente se pretendía con su uso no era tanto dar cuenta exacta de los episodios de la vida del personaje en cuestión cuanto resaltar su honor y lograr que su memoria persistiera². Dada la semejanza de los evangelios con este modelo literario parece que fue utilizado para narrar la vida de Jesús, aunque de una forma particular, ya que en algunos casos lo modificaron. Así, por ejemplo, sólo Mateo y Lucas narran, según la convención, la infancia de Jesús, mientras que Marcos comienza con su bautismo y Juan con el prólogo centrado en el Logos, resaltándose, en estos dos últimos casos, la estrecha vinculación entre Jesús y Dios, que es la que explica, más que su ascendencia familiar, la identidad del personaje.

Este último aspecto nos conduce a otro: el de la historia. Los textos evangélicos tienen una dimensión histórica ineludible en dos sentidos: remiten en primer lugar a la historia de Jesús, pero también a la historia de su propia composición, que, a su vez, apunta a la de las comunidades del cristianismo naciente.

El origen de los evangelios es Jesús: Él constituye el centro de estas narraciones y es asimismo quien explica su surgimiento, ya que nacieron para recuperar significativamente su memoria y así inspirar y transformar la vida de los que formaban parte de las comunidades cristianas primitivas. A través de los evangelios accedemos al modo de vida de Jesús y a su enseñanza, al grupo de seguidores que constituyó, a la forma en la que entendió a Dios y se relacionó con Él, a los lugares que recorrió y a los personajes con los que se encontró, a sus comidas... Sin embargo, sabemos bien que es muy difícil conciliar entre sí los cuatro evangelios. Aunque algunos de ellos, los sinópticos, tienen

2 Santiago Guirarro Oporto, *Los cuatro evangelios* (Salamanca: Sígueme, 2010), 53-60.

partes semejantes, la coincidencia nunca es exacta. La diferencia se percibe aún más en Juan, que, aunque refleja tradiciones comunes al resto, presenta características muy peculiares.

Prestar atención a estos elementos no resta valor o importancia a la lectura de los evangelios, sino todo lo contrario. En el s. II d.C. Taciano escribió el llamado *Diatessaron* ("a través de cuatro"), una obra en la que armonizó los cuatro evangelios y que tuvo un gran éxito en las comunidades de Siria. Sin embargo, este *Diatéssaron* no fue aceptado por el resto de comunidades cristianas, que apostaron por mantener la diversidad de las visiones de Jesús existente en los evangelios³.

El tema de la diversidad de las "vidas de Jesús" plantea la pregunta por los métodos exegéticos. Tradicionalmente se han dividido en dos: los diacrónicos, dirigidos a reconstruir la historia de formación de un texto, señalando sus diferentes estratos de composición y sus correspondientes contextos, y los sincrónicos que, por el contrario, prestan atención a los textos en su forma final, sin planteamientos en lo que se refiere a cómo y cuándo fueron elaborados. Actualmente, sin embargo, se observa también una tendencia mixta o ecléctica, en tanto que muchos estudiosos, reconociendo explícitamente el proceso de composición, abordan los textos en su estado actual, considerando que éstos tenían un sentido unitario para la audiencia original⁴. Esta última postura es especialmente apropiada a mi juicio en algunos casos. Pongamos como ejemplo el episodio de la unción de Jesús.

Los cuatro evangelios narran que Jesús fue ungido por una mujer. La versión de Mateo (Mt 26,6-13) depende de la de Marcos (14,3-9), que apenas modifica, por lo que no vamos a tenerla en cuenta aquí. Las historias narradas por Lucas (7,36-50) y Juan (12,1-8) son, por el contrario, muy significativas. Los tres coinciden en el dato de la unción con perfume, que se lleva a cabo en una casa durante la celebración de una comida. También en el hecho de que alguno(s) de lo(s) presente(s) critica(n) el gesto y en la defensa que hace Jesús de la mujer. Hasta aquí las coincidencias entre todos. Sin embargo, en algunos elementos coinciden únicamente dos de ellos. Por ejemplo, en Marcos y Lucas la mujer es anónima y la casa es de un tal Simón; en Marcos y Juan la escena se sitúa en Betania, el perfume es de nardo auténtico de alto precio y se alude a la sepultura de Jesús; y en Lucas y Juan hay una unción en los pies y un acto de secado de los mismos con el cabello de la mujer. Por otra parte, algunos elementos son únicos de un evangelio: en la versión de Marcos se unge la cabeza de Jesús, en Lucas la mujer es una pecadora conocida como tal, no se alude a su sepultura y la escena está localizada en algún lugar de Galilea, y en Juan la que unge es María de Betania y la acción se lleva a cabo en dicho lugar.

Como se puede ver, hay diferencias muy significativas entre las versiones evangélicas, aunque las conexiones también son múltiples; esto explica que a lo largo de la

3 Rafael Aguirre, "La segunda generación y la conservación de la memoria de Jesús: el surgimiento de los evangelios", en: R. Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo* (Estella: Verbo Divino, 2010) 195-254.

4 Para una presentación sencilla de los métodos exegéticos, cf. Junco Garza, *La Biblia, libro sagrado*, 318-354. El tema fue presentado por la Pontificia Comisión Bíblica en el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), I.

historia de la investigación se hayan hecho diferentes propuestas tratando de explicar los datos. Una de ellas plantea que detrás de estas narraciones hay un episodio histórico en el que Jesús fue ungido en los pies por una mujer durante la celebración de una comida, acto que fue censurado por los participantes al banquete pero defendido por el propio Jesús. La recriminación se debió, no sólo al hecho del despilfarro de perfume que implicaba, sino porque las unciones de los pies en el contexto grecorromano eran acciones ligadas al placer y al exceso (Aristófanes, *Las avispas* 606-616), a diferencia del lavado de los mismos, que solía realizarse como un gesto de hospitalidad; para algunos grupos eran inaceptables porque atentaban contra el ideal de moderación y austeridad, virtudes por otro lado con las que medían la hombría y virilidad (Petronio, *Satiricón* 70; Plutarco, *Vidas paralelas* 20). Jesús, sin embargo, acogió y valoró el gesto de la mujer, entendiendo, a diferencia de los presentes, que era expresión de su amor y confianza (en ocasiones las mujeres ungían los pies de sus esposos; cf. *José y Asenet* 20,1-3), y no recriminó el contacto físico íntimo ni se escandalizó por ello⁵.

Este episodio de la vida de Jesús fue, sin embargo, evolucionando y sufriendo modificaciones en el curso de la tradición, hasta llegar a las diversas versiones del mismo que encontramos en los cuatro evangelios. Tener en cuenta esta dimensión histórica de los textos (en tanto que remiten a Jesús y en tanto que fueron también transformándose a lo largo del tiempo en función de las circunstancias) es ineludible porque no podemos negar la pluralidad de versiones y hemos de dar razón de ellas. Este proceso da muestra de que los relatos evangélicos fueron una realidad muy viva y cambiante; las comunidades del cristianismo naciente contaban y recontaban las historias de Jesús con fidelidad pero también con gran libertad y creatividad, porque entendían que era legítimo actualizar su mensaje y adaptarlo a las diferentes circunstancias. Así, por ejemplo, Marcos resaltó el hecho de que la mujer reconociera y ungiera a Jesús como Mesías precisamente en las puertas de la Pasión (por esta razón cambió los pies por la cabeza), alabándola por ello (14,9), mientras que Juan hizo del gesto una unción anticipada de un muerto, Jesús, que posteriormente va a ser vindicado y resucitado por la acción de Dios.

2. El tiempo y el espacio en el que nacen y se desarrollan los textos: la importancia del contexto

Decíamos más arriba que el gesto de ungir los pies de Jesús resultó escandaloso e inapropiado para los que lo presenciaron. El dato, sin embargo, procede de fuentes externas al propio texto, ya que éste, como todos los escritos de la Biblia, da por sabida una buena cantidad de información que, sin embargo, se nos escapa a los lectores actuales. Para leer los textos bíblicos, por tanto, requerimos de algunos conocimientos del mundo que los circunda.

La vida de Jesús y la vida de sus seguidores, los que formaron parte de su movimiento antes de la Pascua y los que se incorporaron a él después, vivieron en un contexto

5 Para el episodio de la unción, cf. J. F. Coakley, "The Anointing at Bethany and the Priority of John", *JBL* 107/2 (1988) 241-256; Mery Rodríguez Moreno, "Un gesto de mujer como inspiración del lavatorio de los pies de Jesús (Jn 13,1-20)", en: C. Bernabé (ed.), *Con ellas tras Jesús. Mujeres modelos de identidad cristiana* (Estella: Verbo Divino, 2010) 165-198; Santiago Guijarro and Ana Rodríguez, "The 'Messianic' Anointing of Jesus (Mark 14:3-9)", *BTB* 41.3 (2011) 132-143.

religioso, socio-cultural, económico y político determinado que hemos de conocer en la medida de lo posible con el fin de comprender mejor los textos que nacieron en él⁶. Haciéndolo lograremos establecer un puente entre dos mundos y modos de comprender la realidad, los suyos y los nuestros, que, de otro modo, estarían incomunicados, y disminuirémos el peligro de atribuir al mundo del otro lado de ese puente los datos del nuestro.

La vida de Jesús transcurrió en la tierra de Israel, entre Galilea y Judea, en un periodo de dominio por parte del Imperio Romano, de concentración de la tierra en las manos de unos pocos, de aumento de las deudas económicas por parte de la población campesina de menores posibilidades económicas, cuyas expectativas de mejora eran casi imposibles. Los evangelios cuentan que, durante el tiempo de su ministerio público, Jesús se dirigió principalmente (a excepción de Jerusalén) a aldeas pequeñas; ninguno de ellos relata su estancia en alguna de las ciudades helenísticas de Galilea, como Séforis o Tiberias, en las que se vivía de un modo muy similar a las ciudades importantes de la cuenca mediterránea. Sin embargo, la helenización también había llegado a las zonas rurales de Israel, de modo que incluso el "judaísmo de la tierra" había asumido algunos de rasgos. En todo caso, según los evangelios gran parte de la actividad y de la vida de Jesús se desarrolló en las aldeas judías, donde la precaria situación económica y la opresión política convivían con el surgimiento de expectativas de una pronta intervención de Dios, fuertemente ancladas en la tradición de Israel.

Tras la Pascua, sin embargo, los seguidores de Jesús dieron el salto más allá de las fronteras de Israel, y es en este nuevo contexto, ya urbano y enormemente diverso, en el que comenzaron a convivir con una pluralidad de grupos sociales y religiosos, donde se fueron poniendo por escrito los evangelios. En este momento nuestros ojos tienen que volverse a ciudades como Antioquía, Éfeso y Roma, lugares en los que había comunidades judías significativas y otro tipo de agrupaciones que sirvieron de modelo para los seguidores de Jesús. En estas grandes urbes la vida no era fácil para la mayoría. La mortalidad era muy alta y la esperanza de vida corta, los impresionantes edificios y monumentos y las construcciones destinadas al ocio, al placer, a la salud e higiene (teatros, hipódromos, baños) eran sólo una parte de la realidad, ya que en los suburbios reinaba la suciedad, las condiciones eran muy precarias y mucha de su población estaba desarraigada y con apenas apoyos familiares⁷. Los datos apuntan a que muchos de estos últimos pasaron a formar parte de las comunidades para las que fueron escritos los evangelios, aunque en ellas también había personas pertenecientes a clases más acomodadas que contribuían con sus bienes en diferentes ámbitos de la vida común (por ejemplo, proporcionando espacios de reunión). Un ejemplo de ello lo tenemos en el evangelio de Lucas, que menciona a un grupo de mujeres que desempeñaron funciones de este tipo (8,1-3).

A pesar de las diferencias entre las zonas rurales de Israel y las grandes ciudades de la cuenca mediterránea, tanto en un lugar como en otro había una serie de instituciones

6 Para el contexto del Nuevo Testamento, cf. Esther Miquel, "El contexto histórico y sociocultural", in: R. Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo* (Estella: Verbo Divino, 2010) 49-99.

7 Warren Carter, *Mateo y los márgenes. Una lectura sociopolítica y religiosa* (Estella: Verbo Divino, 2007 (orig. 2000)), 50-62.

y valores sociales comunes que requieren ser tenidos en cuenta. Entre ellos señalamos, por ejemplo, las relaciones de parentesco, que constituían el principal modo de organización social. Las familias se entendían como una unidad más amplia que las actuales; formaban parte de ella el esposo, la esposa, los hijos de ambos así como, dado el caso, los esclavos u otras personas dependientes de los primeros. Dentro de ella los roles estaban muy bien establecidos. El varón (*paterfamilias*) era la cabeza, encargado, entre otras cosas, de la manutención, la crianza y educación de los hijos y el control de las mujeres a su cargo. Entre el padre y los hijos se establecía una relación de autoridad y subordinación, mientras que en el caso de los hermanos eran fundamentalmente igualitarias.

La importancia de las relaciones de parentesco se percibe muy bien en varios lugares del evangelio de Juan. La relación entre Jesús y Dios es una relación Hijo – Padre (3,16-18; 5,19), términos mucho más usados que en los sinópticos. De un modo similar, los que creen en Jesús son hijos de Dios (1,12; 11,52), aunque para ello se utiliza un término griego diferente (*uiòs* en el primer caso y *téknon* en el segundo) con el fin de subrayar el carácter único de la filiación de Jesús con Dios. Una de las consecuencias de ser hijos de Dios es que los seguidores de Jesús son, para Juan, hermanos y hermanas entre sí (20,17; 21,23).

El uso de este vocabulario del ámbito familiar implica que la comunidad en la que (y para la que) se escribe el cuarto evangelio se entiende a sí misma como una familia de tipo ficticio o sustitutivo, ya que su razón de ser no proviene de los lazos de sangre sino de la fe en Jesús. La relación estrecha e íntima entre éste y Dios Padre se convierte en prototipo del vínculo que une a cada uno de ellos con Dios y configura el tipo de relaciones dentro del propio grupo. En él la única autoridad es el Padre común, y entre los hermanos no hay diferencias jerárquicas sino solidaridad, lealtad, reciprocidad e igualdad, un tipo de relaciones, en definitiva, que refleja el “modo de ser” del propio Dios de Jesús, un Dios que quiere la vida y nuestro crecimiento, lo cual requiere espacios en los que la amistad, la confianza, la libertad y el apoyo mutuo desbanquen al ejercicio del poder y al temor.

De todo lo dicho se deriva, por tanto, que el estudio de los evangelios requiere prestar atención, no sólo a los textos, sino también al contexto en el que éstos nacen y para los que se escriben. Para ello se requiere un trabajo interdisciplinar, que tenga en cuenta los datos proporcionados por ciencias como la filología, la historia, la antropología o la sociología.

3. El Dios “desvelado” en los evangelios

Aunque generalmente utilizamos el término “revelación” para hacer referencia a la acción de Dios de darse a conocer a sí mismo, el adjetivo “desvelado” es posiblemente más evocador, ya que remite de un modo más directo a un acto de “quitar el velo” que permite reconocer lo que hay detrás de él.

Los textos de los evangelios remiten constantemente al Dios de Jesús, un Dios cuyos rasgos están recogidos en el profeta Isaías, tal y como señala Lucas al narrar el

comienzo del ministerio público en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). Jesús probablemente privilegió algunas tradiciones bíblicas porque descubrió que reflejaban mejor al Dios que él experimentaba y en quien creía. Y esto determinó su modo de vivir, de mirar la realidad y dejarse transformar por ella. Los textos de los evangelios nos dan a conocer sus pasiones: acercarse a las fronteras porque en ellas están los preferidos por Dios, descubrir su Presencia en los que el poder religioso o las convenciones sociales apartaban supuestamente con legitimidad, devolver a todos ellos la conciencia de que sus posibilidades eran mejores y crear pequeños espacios y condiciones necesarias para ello...

Así, ambas dimensiones, Dios y la vida, aparecen en los textos evangélicos como inseparables; Dios no está sino en la realidad, en las personas, en cuanto acontece, en todas las búsquedas y anhelos de una vida más plena, de una mayor libertad, en los intentos de disminuir el sufrimiento provocado por la injusticia y hacer crecer el amor, la amistad y el perdón. De todo ello nos hablan las escenas que narran cómo Jesús se sentaba a la mesa con todos, pero especialmente con los considerados pecadores (Mc 2,15-17), y las de curaciones y expulsiones de demonios.

Un ejemplo de estas últimas es la sanación de la hija de la sirofenicia (Mc 7,24-30). Jesús ha dejado la tierra de Israel y se ha adentrado en Tiro, territorio pagano, y entra en una casa. Si ya la marcha a un lugar poblado por gente extranjera desde el punto de vista de los judíos era amenazante por cuestiones de pureza, más lo era aún acceder a un espacio doméstico; indirectamente está indicando que Jesús va a aceptar la hospitalidad de alguien gentil, posiblemente una familia. En este contexto irrumpe en escena una mujer atormentada porque su hija está poseída. Es ella quien toma la iniciativa y decide acudir donde Jesús, quien, según el texto, no quería que nadie supiese que estaba allí. El relato hace pensar al lector que Jesús tiene que hacer un doble cambio: el primero, acoger a esta mujer cuya visita no esperaba (ni al parecer deseaba), y el segundo, aceptar curar a su hija, una pagana, antes que a un miembro de Israel (“El le decía: ‘Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselos a los perritos’”, 7,27). Y así lo hace. Esta breve escena es un precioso ejemplo de la apertura de Jesús, de su mirada sensible y atenta a la persona que tiene delante y de su capacidad para ver más allá de los estigmas, las etiquetas o las censuras religiosas y sociales. Con estos gestos transmitía quién era Dios para él, “desvelaba” al Dios en quien creía y así lo siguen descubriendo los textos.

4. Un tránsito necesario: de un cuerpo de doctrinas a una experiencia y un modo de vivir

Los evangelios fueron escritos para mantener viva la memoria de Jesús entre sus seguidores, de una generación posterior. Su finalidad no era únicamente instruir (es decir, presentar datos sobre su vida que sus seguidores tuvieran que conocer) ni presentar una serie de ideas sobre Dios y Jesús en las que hubiera que creer (aunque también lo hacían, en parte), sino, sobre todo, tuvieron en su origen una vocación transformadora que tenía mucho que ver con la vida y praxis concretas de sus audiencias originales. A

ello contribuía el hecho de que fueran leídos en voz alta en las reuniones de las comunidades. La escucha de la proclamación oral de los textos, mediante la que los participantes lograban introducirse vitalmente en las escenas, contribuía sin duda a que estos primeros seguidores de Jesús experimentaran su presencia y la de Dios entre ellos, y se sintieran convocados a proseguir con su estilo de vida⁸.

Muy probablemente uno de estos contextos de lectura fueron las comidas comunitarias. Los textos evangélicos sólo nos proporcionan información indirecta. A través de las cartas de Pablo, sin embargo, podemos conocerlas mejor; de ellas tenemos noticia, por ejemplo, en 1Cor 10,14-22; 11,17-34.

Los primeros seguidores de Jesús, como otros grupos de su contexto social, celebraban banquetes rituales en memoria de su Maestro⁹. En ellos recordaban su muerte y resurrección y estaban asimismo inspirados en su propia práctica de la comensalidad, de la que, como ya hemos dicho más arriba, dan cuenta los evangelios. Este tipo de comidas en el mundo antiguo tenían una función social muy importante. En ellas, por el mismo hecho de sentarse a una mesa común, se expresaban y hacían realidad los lazos que unían a sus participantes y el tipo de relaciones que establecían entre ellos, que, tal y como indicábamos más arriba, tenían su origen en la conciencia de conformar una familia de carácter peculiar, formada por hermanos y hermanas, hijos a su vez de un único Dios Padre. Estos vínculos estrechos existían entre personas de procedencia social y religiosa muy diversa. Es razonable pensar en la aparición de dificultades de diverso tipo (prejuicios, rencillas, abusos de poder, discriminación...). Estas comidas, sin embargo, constituían un medio de reconciliación y un instrumento para construir el ideal de fraternidad.

Las audiencias originales de los evangelios vivían inmersas en gran número de dificultades. En la mayoría de los casos, aunque en unos con más fuerza que en otros, tenían conflictos con los judíos de la sinagoga y con otros grupos del contexto imperial que, sin duda, afectaban a su identidad aún en gestación, y les convertía en un colectivo muy vulnerable, cuya identidad y legitimidad estaban constantemente puestas en entredicho. En el caso del judaísmo, el sufrimiento se agravaría porque era un conflicto "de familia", en el sentido de que muchos de estos seguidores de Jesús seguían sintiéndose judíos pero los miembros de la sinagoga no les consideraban como tales; este problema asoma muy claramente en el evangelio de Juan (9,34; 16,1-4). En todo caso, muchos de estos desencuentros tuvieron su origen en el particular modo de vivir de los seguidores de Jesús: la inclusión de personas de diferente procedencia social y religiosa y el mutuo apoyo entre ellos, la participación de todos ellos en una mesa común y la relativización de algunos preceptos legales del judaísmo, el recuerdo de un crucificado por el Imperio en estas comidas, la asunción de roles de liderazgo por parte de las mujeres, etc. Sin duda, el futuro de estas comunidades dependía de su capacidad para mantener viva, pese a todo, su identidad naciente y amenazada; en este contexto cobraba especial relevancia la lectura comunitaria de los evangelios, el recuerdo de la praxis misericordiosa

8 Aguirre, "La segunda generación y la conservación de la memoria de Jesús: el surgimiento de los evangelios", 200-204.

9 Para este tema, cf. Dennis E. Smith, *Del simposio a la eucaristía. El banquete en el mundo cristiano antiguo* (Estella: Verbo Divino, 2009 (orig 2003)), esp. 275-315.